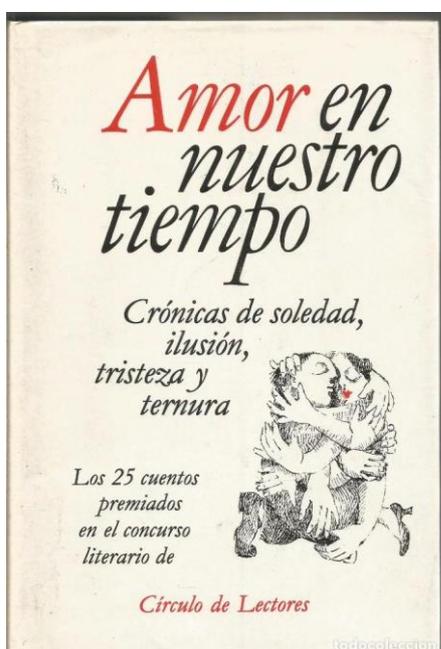


NARRATIVA

LAS REGLAS DEL JUEGO (fragmento)

Una tarde, nadaba Sebastián en el río, cara al cielo se dejaba llevar por la corriente mansa. Veía las orillas próximas y pobladas de murmullos y de animales que lo miraban pasar o que desaparecían rápidamente, miró el cielo poblado de nubes y de altas aves, sintió su cuerpo en el agua, y pensó: "Estoy vivo en un universo viviente", y estas palabras lo emocionaron y lo complacieron, y fue repitiéndolas largamente a lo largo de la corriente y al ritmo del río, estoy vivo en un universo viviente, como la confirmación de algo placentero y perfecto, y que uno no puede acertar a explicarse todavía por medio del entendimiento, estoy vivo en un universo viviente, sino que deberá hacerlo en el tiempo y sólo por medio del corazón.



EL ÚNICO AMOR POSIBLE (fragmento)

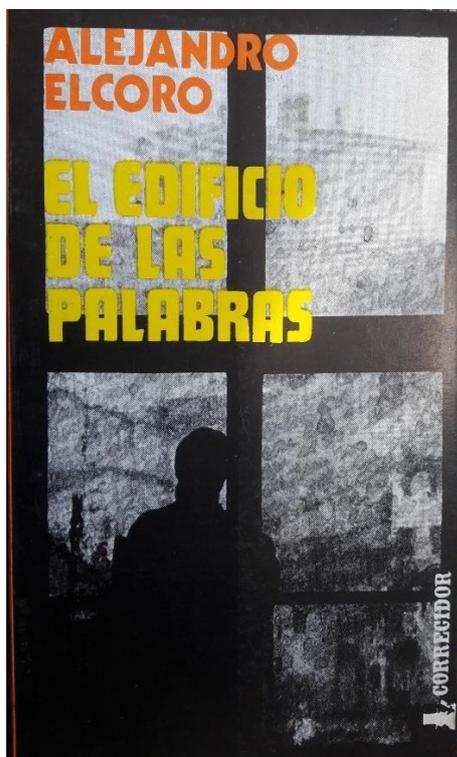
Íbamos de crucero a Punta del Este, tres amigos y yo; los tres, más o menos expertos en arte de marinería, y yo, relegado al libro de bitácora y menesteres de la cocina. Desde el comienzo, supe que eso no era para mí: encerrado en un lugar tan estrecho, comiendo mal y durmiendo peor, mareado siempre, en obligada compañía y esforzándome por conservar la urbanidad —lo cierto es que toda persona debería pasar por esta prueba, al menos una vez en la vida. No está de más decir que ninguna amistad puede aspirar a ese nombre, si no se han compartido un puñado de singladuras, entre los límites de una embarcación bajo el cielo, toda rodeada de agua; y es obligado declarar que en este caso, airosamente habíamos pasado la prueba. En cubierta se respiraba; era ir adentro y descomponerme. Así y todo, cumplí heroicamente con mis obligaciones. Pero llegó el momento, la madrugada del tercer día, en que maldije la coincidencia de estar a esa hora en ese lugar y dentro de mi cuerpo, y mi nombre y ser quien era. A la noche, incapaz de dormir, salí a cubierta. Conversé con el

timonel, vi hundirse las luces de la última ciudad bajo el horizonte, disfruté el aire del mar, me cedieron la responsabilidad del rumbo (que mantuve fijando la vista en una estrella próxima al mástil), jugué con las fosforescentes noctilucas que barrían la borda, en silencio contemplamos el paso de un enorme buque iluminado que nos cruzó sin mirarnos, a escasos metros de proa. Darme cuenta de que flotábamos en una infinita pampa de agua me sobrecogió hasta las orillas del miedo. Hubiese querido dormir, para no pensar en esa inamovible circunstancia, pero a la vez no me atrevía a bajar a aquel claustro de mis males. Cuando quería despuntar el amanecer, cansadísimo, tiritando, afiebrado, me sepulté en mi conejera, confiándome a Dios, a la Virgen y a todos los santos. No supe más nada hasta que desperté, después de una interminable noche de delirio, pesadilla y angustia. Perdí la noción del tiempo, como en los sueños, y la noción de todo, como en el amor, la locura o la muerte. Hubo griterías, crujir de maderas, golpes de agua fría y movimientos desesperados de mis compañeros. Sin entender nada, me dieron un salvavidas y me ordenaron que saltara al mar, o quizás me empujaron para salvarme. Entonces fue absoluta la noche, hecha de oscuridad y desconocidas profundidades. El terror de saberme flotando, entre agua y cielo infinitos, rodeado de una nada uniforme y solo, solo, solo, me hizo cerrar los ojos y rezar pidiendo que se apresurara la muerte. Y la muerte acudió a mi llamado, porque no supe más nada, más nada, más nada, hasta que por fin desperté. Y cuando me supe resucitado, pensé: estoy en el cielo, he muerto y no he merecido el infierno. La cara de un ángel me miraba con una dulzura tal, que sólo podía ser el preanuncio de la bienaventuranza. ¡Y mi Dios, cómo agradecí esa mirada! Pensé que debía ser el modo de mirar de una madre a su hijo durmiendo en la cuna, y yo era ese hijo y me recostaba dulcemente en el sueño, seguro en la protección de todos los peligros y de todo mal. Más tarde volví a despertar, nunca supe cuánto tiempo después. Estaba de nuevo solo, pero no en el mar ni tampoco en la conejera del barco. Era una casa sencilla, más bien humilde, de paredes blanqueadas con cal y techos de chapa, indudablemente fuera de la ciudad. Yo estaba en mis cabales y lo que veía era cierto, así que debí inferir la realidad: habíamos naufragado, me recogieron en la playa y estaba en la casa de mis bienhechores. Como todos los hombres, una vez en mi vida había sido Ulises —que también fue todos los hombres— y vinieron a mi memoria estas palabras: “¡Ay de mí, desdichado! ¿Qué haré? ¿Cuál será al fin mi sino?”, y otros versos de la famosa traducción de Homero, mientras esperaba la vuelta de mi Nausícaa rioplatense. Por fin vino, trayendo agua y duraznos, que tomé ansiosamente. Como en los sueños, todo parecía un poco irreal. Pensé que mi voz rompería esta suerte de sortilegio y que nos desvanecería, asustados, pero me sobrepuse y con claridad le di las gracias. Me sonrió y dijo: -No tiene por qué darlas-. Y esa voz participaba de la misma calidad espiritual de sus rasgos. Le di mi nombre y le pregunté por el suyo. —Me llamo Blanca. Pero por favor no hable, y siga descansando-. Forzosamente me pregunté si tan deplorable y lastimero sería mi aspecto, y evoqué más versos de la Odisea: “...el de heroica paciencia, dormía de cansancio rendido y de sueño”. Así entré en ese mundo tan distinto del mío de todos los días, pero al cual me aficioné amablemente como al mejor de los mundos. El tiempo generoso me permitió estudiar a mi salvadora. El pelo, bien morocho, enmarcaba unas lejanísimas sombras aborígenes, y hacían resaltar los ojos más claros que he visto en mi vida. El cutis era trigüeño, a veces con un matiz de cobre, a veces con el color de la miel. “Soy criolla por el lado de mi padre —me explicaba-, del otro eran todos gringos”. Para mí eso estaba muy bien; pero me pareció excesivo que además se llamara como la amante de Tabaré, el famoso indio de ojos celestes, así que decidí bautizarla de nuevo, con su permiso, naturalmente. —Desde ahora, te llamaré Aymarará- le dije con presunción literaria, y con total ignorancia de la geografía indígena. En poco tiempo me ayudó a levantarme, y débilmente, enceguecido, feliz, salí a la luz del día y al aire de la ribera.

La casa daba a la costa. Miré pasmado ese amplio espectáculo: el río de una sola orilla, mar de agua dulce, río inmóvil color de león. Unos sauces se inclinaban con gentileza sobre el borde del agua. Después de dar unos pasos, me volví hacia la casa, colmado de dicha. El ranchito, visto de afuera, se parecía a lo que imaginara: la base rectangular y el techo a dos aguas, una galería formada por glicinas, varios tachitos con flores, una puerta y dos ventanas, todo en pulcritud y ordenado. Algunas gallinas se paseaban, sueltas. Aymarará me miraba, recostándose en el marco de la puerta. Me hizo pasar a la cocina y mateamos en abundancia. Hablamos de unas cuantas cosas, de las cuales la que más me importó fue saber que vivía con su abuelo, al que decía “Tata” y que antes de caer la noche volvería del pueblo. Le pregunté dónde estábamos, y me contestó con un nombre que nunca había oído y que no sabía ubicar. Me llamaba la atención el color del río; hubiera jurado que después de salir del puerto de Montevideo, alcanzamos el mar verdadero, salado, sin fin y verde grisáceo. Pero de eso, Aymarará nada podía aclararme: ella sólo conocía éste. Y cómo saber dónde habíamos naufragado y cuánto había derivado yo hasta llegar a estas costas. Hacia el anochecer, el ladrido risueño de un cuzco nos anunció la vuelta del abuelo: un hombre curtido y aindiado, más joven de lo que esperaba, de marcados pómulos y mirada franca. Me presenté, superando cierto embarazo, pero por lo visto el hombre ya había sabido de mí, durante mi sueño afiebrado. Se alivió del peso de una suerte de aparejo, que llevaba para vender pescados en el pueblo, y Aymarará le cebó mate. Me preguntó de dónde era (para mí, más por cortesía que por curiosidad) y cuando le dije que era porteño, ladeó la cabeza hacia el lado del río, sonriendo. De ahí en más, hablamos de otras cosas, que acaso para él eran lo más importante en ese momento: de la creciente, del precio del pescado, del viento del sur y del tabaco argentino. Secretamente le agradecí su delicadeza, en voz alta le agradecí que me recogieran, y le pregunté cómo podía reconocérselo. He recibido cierto tipo de educación, según la cual no hay nada que preceda al pago de las deudas contraídas, excepto ser opositor del gobierno. En ese momento recordaba con horror, que no tenía encima dinero, ni documentos. Ya era de noche y la comida humeaba sobre la hornalla, así que decidí postergar esa preocupación para el día siguiente. Dormí solo, en una camita que sería de la niña, y ellos se acomodaron, a pesar de mis protestas, en el cuarto contiguo. Tumbado, mirando el techo y pitando ajeno, pensé que en todo el día no había pensado ni en mis amigos, ni en Punta del Este, ni en el precio de la hacienda, ni en los dos o tres libros que siempre llevaba conmigo, ni en la película de Chabrol que días antes me obsesionaba, ni en el suplemento literario de La Nación, ni en la cotización del dólar, ni en Buenos Aires, ni en Josefina María. Por primera vez desde que zarpamos de Olivos dormí despreocupadamente, con agradecimiento. A la mañana ofrecí mi ayuda en lo que hiciera falta: traje leña del monte, remendé como pude unas redes, hice el asado. El vino de la costa no me pareció desagradable y comí con entusiasmo adolescente. Así me fui quedando, naturalmente, sin que me preguntaran nada y sin pensar en mis anteriores obligaciones e intereses. Aymarará suscitaba en mí un sentimiento que no conocía, algo así como una ternura profundísima, y nos fuimos familiarizando como si nos conociéramos desde la infancia. A su abuelo empecé a llamarlo Tata. Aprendí con ellos muchas cosas: a desollar y limpiar animales, a recorrer el espinel, a reconocer los vientos y sus augurios, a remar y tender las redes, a mantener afilados los cuchillos y engrasadas las sogas, a moverme y hablar con economía, a calafatear la canoa, es decir, todas las cosas en verdad importantes. ¿Qué pude darles? Seguramente muy poco. Aymarará había ido al colegio sólo tres o cuatro años; con una paciencia que a mí mismo me asombraba, le ayudé en sus simples cuentas y sus infantiles lecturas. Aprendía con una tenacidad y una rapidez deslumbrantes. El Tata podía prescindir de estos artificios de la cultura, pero veía los progresos de su nieta con una satisfacción que no procuraba ocultar. Vi crecer la luna,

menguar y crecer nuevamente, muchas veces. Sentí en el cuerpo la llegada del invierno y los anuncios de la primavera. Un día, quizás a fines de agosto o principios de septiembre, Aymar y yo fuimos a cortar pasto para los cerdos. El aire era fresco, pero al reparo ya apretaba el solcito. Encontramos una cebadilla abundante, que cortábamos a cuchillo y embolsábamos apretadamente. Era un lindo trabajo, que al cabo nos hizo entrar en calor, así que nos fuimos aliviando de la ropa más abrigada. En un momento nos detuvimos, fatigados y con poco aliento, y por primera vez, creo, nos miramos como hombre y mujer. Nos contemplamos largamente, sin decir nada. Me acerqué a ella, que parecía temblar, la tomé de la nuca y la apreté contra mi pecho. Alzó la vista y había algo en sus ojos que nunca vi en ninguna mujer y que no creo que vuelva a encontrar. La acaricié suavemente, se acurrucó junto a mi cuerpo. No hace falta que diga más, excepto que nos amamos como las criaturas del monte. Yo no sé si era mi conciencia, pero al volver a la casa, me pareció que el Tata adivinaba el cambio de nuestras relaciones. No nos dijo nada, pero a mi ver, dejó en nosotros más libertad y nuevos trabajos. Después de un tiempo, ignoro si mediante alguna charla con su nieta, nos dejó su cama y él se pasó a mi cuartito. Llegó aquí a lo que ahora, tanto tiempo después, me pareció el momento crucial de mi sino. Una tarde, Aymar me dijo que debía anunciarme algo, dio algunas vueltas, y por fin largó lo que ya me imaginaba: Aymar estaba de encargo y era un hijo mío lo que esperaba. Cómo la abracé entonces, cómo nos sonreíamos, cómo nos salieron las lágrimas. Fuimos a decírselo al Tata, que nos felicitó y siguió su trabajo, acaso para que la nueva no lo abrumara. Mejor dicho, viene ahora la cuestión que marcó para siempre mi destino. Pasados unos días hablé con Aymar, y le dije que quería ir a Buenos Aires, a liquidar mis negocios. Objetó que no veía la necesidad, y mi argumento fue que de ahora en adelante debíamos pensar que yo ya habría de quedarme con ellos para siempre, y que era mi obligación terminar con las cosas que me ataban a mi pasado. Aymar, con un sentido común sorprendente, me dijo que para quedarme no hacía falta más que hacerlo. Eso me hizo reír, pero le expliqué que yo tenía muchos compromisos y responsabilidades, y que debía solucionarlos. Por fin aceptó que si ése era mi deber, no podía más que cumplirlo. Tata lo entendió también, y una mañana partí con la promesa sincera de que en pocos días volvería. Allá enfrente, desde hacía un año, invisible, me acechaba Buenos Aires, mi mundo, como esperándome, Babilonia del Sur, amante cruel y despiadada, la ciudad más querida del mundo y la más rica del hemisferio, oculta detrás de ese río ancho como el mar. Nuevamente ignoro qué pasó después. Me embarqué no sé dónde y volvió a perderme la noche, desperté desgarrado, agónicamente, tratando con desesperación de aferrarme a mi sueño, rechazando con odio a quienes me resucitaban. No entendí nada al principio, no reconocía a mis compañeros. Me sacudían, me hablaban, me dieron algo fuerte de beber. Mi inteligencia y mi memoria se debatían. ¿Dónde estaba, qué me había pasado, qué era todo esto? Poco a poco, increíblemente, imposiblemente, debí aceptar lo que veía. Reconocí el interior del velero, las caras de mis amigos, el crucero a Río, mi única y verdadera realidad. Luché aún un rato por volver a mi delirio, a mi fiebre y a mi sueño, pero ya sabía que ésa era una batalla perdida. No dije nada, qué iba a decirles, qué podían saber ellos de cuanto yo había vivido todo ese tiempo, qué entenderían de mi año con Aymar y Tata a orillas del río, de mi decisión estúpida, del hijo que esperaba. Lentamente fui recuperándome. Al llegar a tierra firme me encontraba prácticamente restablecido, y mi decisión ya estaba del todo tomada y para siempre. Eso fue en el setenta y ocho, han pasado ya casi diez años. Desde entonces no he parado, recorriendo la costa uruguaya, del Chuy a Carmelo, y más allá todavía, día tras día, todo este tiempo, arriba y abajo de Montevideo, la costa del mar y la costa del río. Yo viví ese año, no puedo olvidarlo. Fue demasiado cierto el paso de las estaciones, demasiado real lo que he aprendido, demasiado verdadero el amor de Aymar. Aymar, dónde estás mi niña

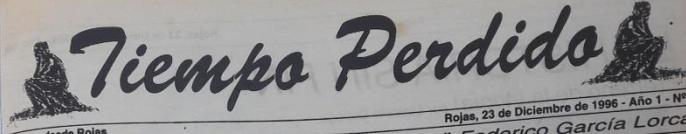
que no puedo verte, cómo se encuentra Tata, qué ha sido del hijo que los tres esperábamos. Mi Dios, dónde están, cómo puede ser que no los halle.



EL EDIFICIO DE LAS PALABRAS (fragmento)

Sebastián fue a remar al lago. Condujo hábilmente el bote entre los yachts, los cisnes, entre nadadores y embarcaciones; bordeó el círculo donde caía fuerte el agua del “jet d’eau”, siguió lago adentro, donde las olas eran más grandes.

La última vez que había remado en el Lemán vio, al volver, el perfil regular y bajo de la ciudad, sobresaltado por la altura de la catedral: el cielo se había abierto entre las nubes metálicas, y un rayo del último sol iluminó la torre y las agujas del templo. La realidad, que no siempre se vale de simetrías, no repitió ahora esa imagen, que a Sebastián le hubiese halagado. Contrariamente, por el Este se componía una oscura tormenta. “Se compone una oscura tormenta”, se dijo Sebastián, sonriendo; otra vez las palabras se esforzaban por representar, por expresar, por ser la realidad. Pensó si moriría ese día, así, desolado, entre símbolos. Su vida en el sur patagónico lo había hecho fuerte y hábil en su medida con la naturaleza; remó sin desesperación, rítmicamente, como fue al fin en todas las cosas, obstinadamente. Sus músculos, la respiración, la vista de Ginebra, la ropa mojada, todo le decía sin palabras que quería seguir viviendo. Pasó la escollera, y después, fácilmente, alcanzó la costa. “No fue tan grave –recordó más tarde–; nada debe ser grave en este país de juguete; pero nunca se sabe, ¿no?”



Tiempo Perdido

Rojas, 23 de Diciembre de 1996 - Año 1 - Nº 1

Cultura desde Rojas
"La poesía no quiere adeptos, sino amantes." Federico García Lorca

PALABRAS DE FUEGO

(Literatura universal)

Mañana será Navidad, y aun mientras viajaban los tres hacia el campo de cobetes, el padre y la madre estaban preocupados. Era el primer vuelo por el espacio del niño, su primer viaje en cohete, y deseaban que todo estuviese bien. Cuando en el despacho de la aduana los obligaron a dejar el regalo, que excedía el peso límite en no más de unos pocos kilos, y el arbolito con sus hermosas velas blancas, sintieron que les quitaban la fiesta y el cariño.

El niño los esperaba en el cuarte terminal. Los padres fueron allí murmurando luego de la discusión inútil con los oficiales interplanetarios.

- ¿Qué haremos?
- Nada, nada. ¿Qué podemos hacer?
- ¿Qué reglamentación absurdos!
- Y tanto que deseaba el árbol!
La línea azul y la gente se precipitó al cohete de Marte. La madre y el padre fueron los últimos en entrar, y el niño entre ellos, pálido y silencioso.

- Ya se me ocurrirá algo - dijo el padre.
- ¿Qué? - preguntó el niño.
Y el cohete despegó y se lanzaron hacia arriba en el espacio oscuro.

El cohete se movió y dejó atrás una estela de fuego, y dejó atrás la Tierra, un 24 de Diciembre de 2052, sabiendo a un lugar donde no había tiempo, donde no había meses, ni años, ni horas. Damntieron durante el resto del primer «día».

Cerca de medianoche, hora terriblica, según sus relojes interplanetarios, el niño despertó y dijo:

- ¿Quiero mirar por el ojo de buey?
Había un óptico oyo de buey, una «ventana» bastante amplia, de vidrio tremendamente grueso, en la cubierta superior.

Está en la noche de las noches, ésta es la noche prometida y esperada.
Está en la noche en que los cielos se reconcilian con la tierra castigada.
La obscuridad cubre los ojos, la obscuridad cubre los cuerpos y las almas.
Puedes oír el espíritu divino vivo en las sombras como ayer sobre las aguas.
La noche pesa mucho menos que de costumbre y es más honda y más humana.
La tierra dueña mucho menos, y ser feliz no cuesta nada o casi nada.
La luz que viene por el cielo no es del alba porque parece la del alba.
En una estrella incomprensible que por nosotros de las otras se levanta.
Es una estrella que palpita como un inmenso corazón envuelto en llamas.
Y en cuyo fuego se consumen los que la miran, cuando alumbra y cuando canta.

Canta la estrella en el espacio como el ardiente calor en la espesura.
Pero de pronto se interrumpe, y en la penumbra obscuridad mira y escucha.
Un ojo mudo, pero inmenso, luce la noche con su espiga que fulgura.
Y el fulgoramiento desgarrado muestra su aliento de inercia y de distar.

En el mar de fuego inunda el aire, mientras arriba una tormenta de alitojos.
Todos los ángeles del cielo cantan en coro *Cantus in Dies in las alturas...*
Y sus poderes se amoldan, encorquijados

El regalo

Cuento de Ray Bradbury (USA, 1920)

- Todavía no - dijo el padre - Te llevaré más tarde.
- Quiero ver dónde estamos y adónde vamos.
- Quiero que esperes por un motivo - dijo el padre.
Al fin, sentándose, hacía apenas cinco minutos, creyó haber encontrado un plan.
Si lograba llevarlo a cabo este viaje sería en verdad feliz y maravilloso.
- Hijo - dijo - dentro de media hora, exactamente, será Navidad.
- Oh - dijo la madre conserada. Había esperado que, de algún modo, el niño olvidaría.
El rostro del niño se encendió. Le temblaron los labios.
- Ya lo sé, mamá. ¿Tendré un regalo? ¿Tendré un árbol? Me lo prometieron...
- Sí, sí, todo eso y mucho más - dijo el padre.
- Pero - empezó a decir la madre.
- Sí - dijo el padre - Sí, de veras. Todo eso y más, mucho más. Perdón, un momento. Vuelvo en seguida.
Los dejó solos unos veinte minutos. Cuando regresó, sonreía.
- Ya es casi la hora.
- ¿Puedo tener un reloj? - preguntó el niño.
Le dieron el reloj y el niño sostuvo el metal entre los dedos.

menzado el soberano sacrificio.
El Verbo eterno se hizo carne y en un pesebre está desado y tiene frío.

Una Doncella más hermosa que las demás ha dado a luz la luz perpetua.
Pero su cuerpo sigue intacto, como una lampara y no se altera.
La eternidad se vuelve historia, y ésta comienza en este instante a ser eterna.
Naciendo en medio de nosotros, Dios pone paz entre la forma y la materia.
Ya no es incendio que destumbla, ni obscuridad que hace temblar, ni voz que altera.
Hoy es un niño como todos, que nos infunde de compasión porque se queja.
Este es el árbol que ha nacido para enseñarnos a subir desde la tierra.
Cuando lo podes nuestras culpas, dará más fruto que al principio y con más fuerza.
Durante siglos preguntamos por la verdad, por la virtud, por la belleza.
Dios escuchó nuestras preguntas y en esta forma nos ha dado la respuesta.

Todos los ángeles del cielo se han extinguido poco a poco en el espacio.
Y sólo quedan los estrechos, que son las huellas luminosas de sus pasos.
La noche vuelve a su silencio, pero los hombres ya no están desamparados.
Porque en Belén hay un pesebre, y en él un Niño que ha venido a rescatarnos.
Y junto al Niño una doncella: trono del

El niño

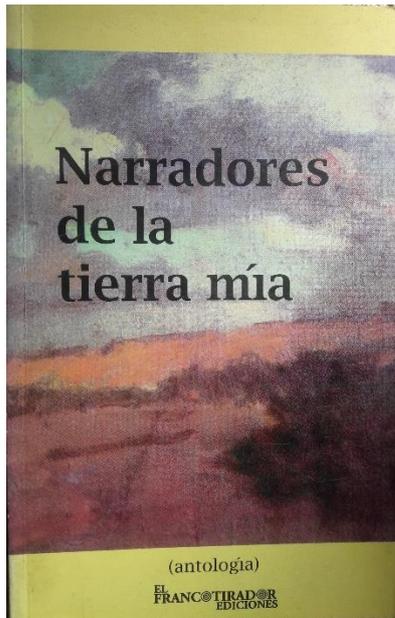
Francisco Luis Bermúdez
("Poemas Elementales", editorial Losada)

por la luz y por la música.
Con las cabezas inclinadas, oyen tembando lo que el cielo les anuncia.
Cuando le música se apaga, vuelven los ojos a la estrella vagabunda.
Casi perdida en la distancia, la estrella está sobre la entrada de una gruta.

Encaminados por la estrella, los hombres llegan y descubren el prodigio.
En la caverna iluminada por el misterio está la Madre con el Niño.
Ella lo mira dulcemente, con su mirada de luceros maternales.
Y él le responde con la suya, que para el mundo es la del sol recién nacido.
Dorad del Niño y de la Madre se puede ver a San José, medio escondido.
Y escuchan en su silencio, como un gemido en un baluarte de jactio.
Aquí tuvieron que alojarse, porque en las casas de Belén no había sitio.
El buey y el asno de Italia, los animales de Habacuc son sus testigos.
Hoy se ha cumplido la promesa y ha co-



Rey, fuente del Sol, raíz del Arbol.
Niño feliz de la Paloma, cauce de Dios, carne del Verbo soberano.
En un rincón de la caverna soy el testigo más inmóvil y callado.
Al contemplar lo que contemplo siento vergüenza de mi boca y de mis manos.
Entran sin verme los pastores, con sus alforidas de corrientes y de pájaros.
Pero Jesús vuelve los ojos y hacia el lugar en donde estoy tirando las manos.



EL HOMBRE DEL PAÍS IGUAL

(El texto siguiente, bajo la forma de dos hojas pegadas en la pared, fue exhibido en el Hall del Palacio Municipal de la ciudad de Las Coloradas, los días 11 y 12 de noviembre de 1995.)

Había una vez un chico que era un poco más extraño que todos los demás.

Andaba solo, leía libros, y casi nunca hablaba si no le hablaban antes a él. Miraba de muy lejos, como si las personas fueran invisibles, o como si estuviera viendo lo que estaba en el cielo, el horizonte o el mar. Su padre lo observaba, pensando: “Pareciera que el chico no pertenece a este mundo”, y su madre se decía con tristeza a sí misma: “Cuánto va a sufrir en la vida, esta criatura”. Jugaba concentradamente y con toda seriedad; inventaba personajes, a los que ponía nombre, y los representaba cambiando para cada uno la voz. En una ocasión lo sorprendieron usando un lenguaje que no era el que se conocía en su país. Pero si lo interrogaban, él sonreía y replicaba: “Es que así habla el señor Querubín”.

De más grande, sus compañeros de la escuela lo elegían para que dirigiera sus juegos, y él dibujaba planos, descubría islas, buscaba tesoros, armaba ejércitos, o inventaba ciudades de altas torres, en las que vivían caballeros y dragones y princesas, y de donde casi nunca querían volver. A veces él también entraba en los juegos comunes de su país, la pelota, la mancha, el poliladron, y todos se olvidaban que él era un poco más raro que los demás.

En la adolescencia, nada de todo esto mejoró; no fue fácil para él sobrellevarla, pero a la vez tuvo muchas experiencias como compensación. A las chicas les atraía ese joven ensimismado y un tanto bobo, porque hablaba de cosas distintas y había leído muchísimo y era bastante misterioso y casi nadie sabía cómo era él en realidad.

Siempre parecía que estaba yéndose. Frente a la estupidez o la crueldad, volvía la cara como si con un manto quisiera ocultarla, porque se avergonzaba de su propio dolor. Su sonrisa era semejante a una despedida definitiva y gentil.

Como pudo, llegó a convertirse en un hombre. Todos creían que iba a ser un sabio, un héroe o un mártir, pero él se parecía extraordinariamente a una persona como las demás. Tuvo un oficio, formó una familia, fue feliz o creyó que lo era; en fin, lo que se dice un hombre útil para la sociedad. El tiempo hacía calladamente su trabajo. Pasaban los años, y nada produjo inolvidable o magnífico, nada le sucedía fuera de lo común o sobrenatural, de manera que sus amigos, parientes, relaciones y él mismo, terminaron aceptando que todo debía ser así, y nada más.

Una noche se despertó, ahogado y transpirando frío, y vio con absoluta claridad que su pasado era un engaño, su persona un fraude y su vida entera una perfecta nulidad. Como tantos infelices en este mundo, pensó para qué diablos se había casado, por qué no había hecho todo lo que tenía deseos de hacer, y qué era lo que le impedía ser lo que se le daba la real gana; y como tantos otros, decidió que iba a abandonarlo todo: que dejaría a su mujer y sus hijos, se iría a otro país, buscaría una vida nueva, un destino poderoso y brillante, y que lo mejor sería empezar antes de la salida del sol.

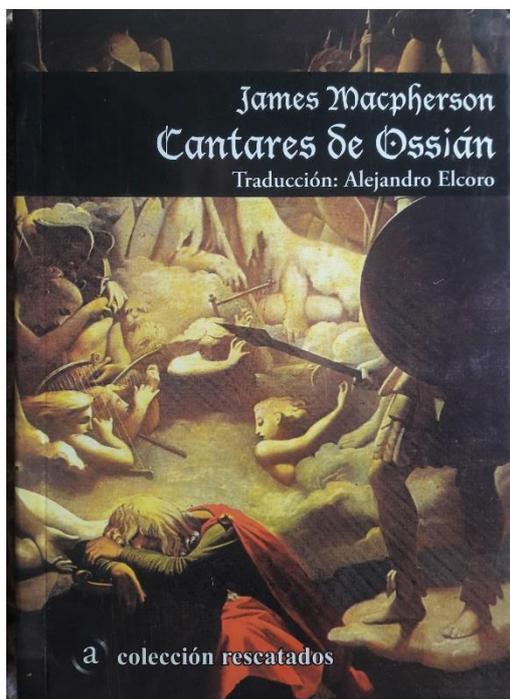
Caminó bajo las estrellas, liviano de equipaje y de remordimientos, dejándose llevar por sus pasos, el compás de la luna, el vuelo de las aves, el frescor de la lluvia y los cambios de estación. Anduvo solo, leguas y años. Se preguntó qué habría más allá de las montañas, llegó a su cima, bajó al otro lado, cruzó el valle y siguió; y en un momento se preguntó también, mirando hacia atrás, qué habría del otro lado de la montaña. Así por años y leguas, leguas y años.

Llegó por fin al país de sus sueños. Fue recibido por campesinos hospitalarios; mozas sonrientes le tendieron guirnaldas; le convidaron bebidas frescas y espumantes y embriagadoras. Hombres prudentes le ofrecieron trabajo. Los príncipes eran generosos y sabios; los soldados, amigables, valientes y honrados. Tuvo amigos rectos, que sabían compartir el oro, los caballos, los libros. Construyó una pequeña casa de piedra en la ladera de un monte escarpado y rocoso. Cultivó laboriosamente un rincón del valle, y fue invitado a formar parte del jurado de la ciudad. Supo ahorrar el forraje y el grano, y también cederlo el año de la sequía, que trajo hambruna a los hombres y los animales de su nuevo país. Y cuando los vecinos del valle de abajo pretendieron imponerles su yugo y sus altos tributos, empuñó las armas junto a los demás, y los poetas cantaron su intrepidez y su alegría en la batalla. Fueron buenos tiempos éstos, en su momento esforzados y duros, y recordados luego dulcemente en la vejez. A la lumbre del fuego, contaba a los niños sus aventuras de juventud, y su otra vida era como un sueño confuso y casi olvidado. Cuando ya su plazo en el mundo iba a ser cumplido, el jurado de la ciudad le exigió, como él mismo lo había hecho otras veces con otros ancianos, que siguiera su camino y que buscara, solo, lo que todos conocían como El Puente de Oro de una Sola Dirección.

Con el alma en paz emprendió la marcha, y a los pocos días llegó, justo antes de la puesta del sol. Comió y bebió algo, no sabiendo qué podía aguardarlo del otro lado, y decidió que cruzaría cuando ya la noche estuviera plenamente cerrada. El puente de oro brillaba apenas, como una sonrisa triste, y del otro lado sólo se veía una densa bruma, de una rara e intensa claridad. No tuvo miedo. Sin embargo, a mitad del puente, se quiso volver. Una fuerza inmensa como el océano lo arrastraba y supo que jamás podría conseguirlo. Trató de aferrarse mentalmente a una imagen, para no perder el camino de vuelta a ese extraño y maravilloso país, y siguió muy a su pesar hacia delante, hasta que en la bruma lo vimos desaparecer.

Han pasado muchos años. Ya no sé qué pensar de esta historia, pero desde luego tengo claro que no puede ser real. No sabría decir si ese país existe muy lejos de aquí, o acaso en otro tiempo o en una diferente dimensión. Por ahora me conformaría, lo digo de corazón, si me enterara que el señor Querubín vive en un país donde se puedan escribir estas historias, y colgarlas de una pared.

TRADUCCION



Cantares de Ossian

Es indudable que los cantares de Ossian no habrían tenido la trascendencia de la que gozaron en su época si se hubiesen publicado como lo que son, esto es, los efluvios líricos de un joven poeta inspirados en las antiguas baladas de su país, Escocia. Pero no menos cierto es que su descomunal influencia en los autores románticos, impensable si careciera de méritos literarios propios, hacen de este texto un hito en la historia de la literatura de occidente. Más allá de la controversia sobre su carácter de documentos genuinos de poesía gaélica, en sí un capítulo fascinante de las letras universales, los versos de este presunto bardo ciego son el legado de una época literaria cuyos ecos aún perduran. Contar al fin con una traducción al castellano acerca al lector no sólo un libro curioso, acaso único en su tipo, sino que nos permite recuperar el mundo perdido de James Macpherson, en su búsqueda por recuperar el mundo perdido de Ossian.

(fragmentos)

VINVELA:

Mi amor es un hijo de las colinas. Él persigue al ligero ciervo. Sus perros grises jadean a su alrededor; en el viento resuena la cuerda de su arco. ¿Descansas junto a la fuente de la roca, o al fragor del torrente de la montaña? Los juncos cabecean al viento, la niebla flota sobre la colina. Me acercaré a mi amor sin ser vista; y lo contemplaré desde la roca. Te vi adorable la primera vez, junto al añoso roble de Branno (4): volvías de la cacería, alto y el más bello entre tus amigos.

SHILRIC:

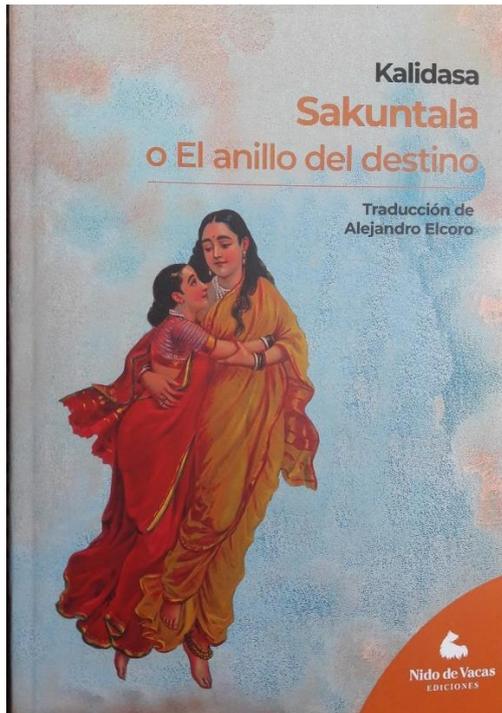
¿Qué voz es la que oigo, esa voz como un viento del verano? No estoy sentado al lado de los juncos que cabecean; no estoy escuchando la fuente de la roca. Lejos, Vinvela (5), me voy lejos, a las guerras de Fingal. Ya no me seguirán mis perros. Ya no pisaré la colina. Ya no te veré desde lo alto, pasando bella por el arroyo de la llanura; resplandeciente como el arco del cielo, como la luna sobre las olas del poniente.

-¿Volviste a salvo de la guerra? ¿Dónde están tus amigos, amor mío? En las colinas supe de tu muerte; ¡lo supe y te lloré, Shilric! –Sí, bella mía, he vuelto; pero sólo yo entre los de mi estirpe. Ya no los verás más; yo levanté sus tumbas en el llano. Pero, ¿por qué estás en las colinas desiertas, por qué estás sola en el páramo?

-¡Estoy sola, oh Shilric! Sola en la casa del invierno. Caí de dolor por ti, Shilric. Yazgo pálida en la tumba.

Ella flota y desaparece; ¡como la niebla ante el viento! ¿Y no te quedarás, Vinvela? ¡Quédate y observa mis lágrimas! ¡Qué bella te me apareciste, Vinvela! ¡Y bella eras cuando estabas viva!

Me sentaré junto al musgo de la fuente; en la cima del monte de los vientos. Cuando alrededor esté silencioso el mediodía, ¡habla conmigo, Vinvela!, ¡ven a mí en las alas ligeras de la brisa!, ¡con el viento del desierto, ven! ¡Déjame oír tu voz, mientras pasas, cuando alrededor está en silencio el mediodía!



SAKUNTALA (fragmento del prólogo y un diálogo de la obra)

Según Hegel, en su tremenda *Filosofía de la Historia Universal*, la vida entera de los indios es un puro sueño. En el caso de este "Maestro de Poetas", como fue llamado Kalidasa, todo está confundido con la leyenda y casi nada es lo que sabemos de él. Ni siquiera cuál fue su verdadero nombre, ya que Kalidasa es un apodo que significa "El devoto de Kali" o, siendo el Tiempo uno de los atributos de la diosa, algo así como "El esclavo o el servidor del Tiempo". Cuentan los brahmanes que había nueve perlas en la corte de Vikramaditya, quien reinó en la ciudad de Ujjayini, y que la más brillante era Kalidasa; esto lo situaría en el siglo I a. C., pero hubo por lo menos tres reyes con ese nombre. Con más seguridad se lo hace contemporáneo de Candra Gupta II, que pretendió restaurar el imperio de Asoka y que representa el apogeo de la dinastía Gupta; su reinado fue entre 376 y 415 d. C. Se dan también fechas mucho más remotas. Como en el caso de Homero y de tantos otros, son varias las ciudades que reclaman el privilegio de haber sido el lugar de su nacimiento; la que Kalidasa nombra con mayor detalle y anhelo es Ujjayini, centro cultural y comercial de la antigua India. De acuerdo a un relato, el más grande de los poetas clásicos fue un brahmán, casado con la princesa Vasanti y predestinado a ser muerto por una mujer. (En efecto, una cortesana lo habría asesinado, para arrebatarle un premio del rey.)

Sakuntala es la mejor piedra preciosa del teatro hindú, tanto para los "pandita" indígenas como para la crítica europea. La traducción de su título, *Abhijñanasakuntalam*, sería para algunos: "el drama de Sakuntala, vuelta a encontrar por medio de la señal de reconocimiento". El tema, en una versión primitiva, está tomado del *Mahabharata*, epopeya anónima que contiene todos los mitos y leyendas de la India, cuya extensión es siete veces la de *La Ilíada* y *La Odisea* sumadas y cuya compilación es atribuida al legendario Vyasa. La reelaboración de Kalidasa es hartó más sofisticada, y abunda en simbolismos y alegorías. Trata de la relación apasionada entre Sakuntala, conocida como "Hija o Señora de la Naturaleza", abandonada al nacer y cuidada por los pájaros ("sakunta" en sánscrito) y el Rey

Duhsanta, aficionado a los placeres y hábil en el manejo de las duplicidades de una corte dorada. Debe ser un clásico oriental, equivalente a nuestro *Romeo y Julieta*, pero con intervención de lo maravilloso y sin el final trágico de la obra de Shakespeare. (Sus ecos se escuchan también en *Cuento de invierno* y en *Otelo*.) Después de conocerse carnalmente, los protagonistas deberán pasar por la separación y la penitencia, para finalmente reencontrarse de modo más hondo y valedero en la región etérea de los Inmortales. Con toda justicia, la traductora del sánscrito la define como "una hermosa combinación de romance y cuento de hadas, con elementos de comedia". En la India se conocen cuatro versiones, ninguna de las cuales es la original. Como en el caso de Shakespeare y *La tempestad*, esta obra es una despedida de Kalidasa, tanto de su trabajo literario como de su vida en el mundo. En castellano, el diccionario González Porto-Bompiani menciona una traducción anónima y sin fecha; y hay también una excelente versión de Alejandro Casona, bajo la forma de un cuento corto.

Probablemente sea imposible percibir la totalidad de significados de esta obra, sin un conocimiento profundo de su contexto cultural: las convenciones del teatro indio (el tratamiento que se dan los personajes, la pesadumbre indicada por la ropa o el peinado), las leyes del karma y la creencia en la reencarnación y la transmigración de las almas, las relaciones entre el poder sacerdotal y el poder real ("no excite el rey la cólera de los brahmanes, aunque se halle en la mayor necesidad, pues si los brahmanes se encolerizan pueden aniquilar todos los caballos, los carros, las tropas y los elefantes del rey"), su mitología y sus costumbres (doscientas o trescientas reglas rituales y prescripciones parece que tenían para sus necesidades naturales; las diversas esposas del Rey; "todo -el sol, la luna, las estrellas, el Ganges, el Indo, los animales, las plantas-, todo es para el indio un Dios"), el código de Manú y el régimen de las castas, el sentido que los indios daban a las cifras (los reyes se retiran totalmente del mundo y reaparecen tras de haber pasado 10.000 años de penitencia en la soledad). Pero a la vez muestra hechos y valores que son propios de la mayoría de las épocas y las naciones de la humanidad: la exaltación enajenada de los enamorados, las quejas contra el destino, la ternura infinita por los hijos, los refranes que resumen la experiencia de las generaciones, la prevención popular ante el prestigio de la policía, el respeto por todas las formas de vida, la minuciosa añoranza del amado ausente, la transformación y el crecimiento por la vía purificadora del dolor.

Goethe, que se inspiró en *Sakuntala* para el prólogo de su *Fausto*, ha dejado estos dísticos: "¿De la primavera quieres las flores y del otoño los frutos; quieres lo que agrada y encanta, lo que nutre y sacia; quieres expresar cielo y tierra con un solo nombre? Yo digo Sakuntala y está todo dicho".

MADHAVYA: Escucha, si ése es el caso, ten coraje, Señor. Porque seguro que te reunirás de nuevo con la dama.

REY: ¿Qué te hace decir eso?

MADHAVYA: Porque no hay madre, ni padre, que soporte ver a su hija separada de su esposo mucho tiempo.

REY: ¡Ah, mi amigo! ¿Fue eso un sueño? ¿Una mágica visión de la belleza? ¿Una alucinación? ¿O el fruto de mis pasadas buenas acciones, recompensadas en su justa medida

y nada más? Se ha ido, estoy seguro, para no volver. ¿Mis deseos? Todos han caído por el borde de un precipicio.

MADHAVYA: No, no, no hables de ese modo. El mismo Anillo prueba que las uniones que están destinadas a realizarse, pueden provenir de las formas más inesperadas.